

este un artículo que afectaba directamente á Cataluña y á los catalanes. La sustancia de este artículo era: «Por cuanto la reina de la Gran Bretaña insta para que á los naturales del Principado de Cataluña se les conceda el perdón, y la posesión y goce de sus privilegios y haciendas, no solo lo concede Su Majestad Católica, sino tambien que puedan gozar en adelante aquellos privilegios que gozan los habitantes de las dos Castillas.» Parecía, pues, por los términos de este artículo, que se concedía á los catalanes como una merced y un favor el gobierno y la constitucion de Castilla, cuando lo que en realidad envolvía la cláusula era la abolicion de sus fueros y privilegios, que era la idea de Felipe V, y contra lo que ellos enérgicamente protestaban. Y ciertamente no era esto lo que habian ofrecido los plenipotenciarios de Inglaterra en Utrecht y el embajador Lexington en Madrid, sino intervenir y mediar por que les fueran mantenidos sus fueros y libertades. Y aun en el mismo tratado llamado de la Evacuacion habia un artículo, el 9.º, que decia: «Respecto de que los plenipotenciarios de la potencia que hace la evacuacion insisten en obtener los privilegios de los catalanes y habitantes de las islas de Mallorca é Ibiza, que por parte de la Francia se ha dejado para la conclusion de la paz, ofrece Su Majestad Británica interponer sus oficios para lo que conduzca á este fin.» Esta irregular conducta de la reina de Inglaterra, en cuyo auxilio y apoyo tanto habian confiado, tenia indignados á los catalanes, que no menos apegados á sus fueros que los aragoneses, peleaban hasta morir por conservarlos, con aquella decision y aquella tenacidad que habian acreditado en todos tiempos; así como la resolucion de Felipe era someter todos sus Estados á unas mismas leyes, y hacer en Cataluña lo mismo que habia hecho en Aragon.

Ardía la guerra en el Principado con todos los excesos, toda la crueldad, todos los estragos y todos los horrores de una lucha desesperada. Las tropas reales oprimian los pueblos con exacciones insoportables para mantenerse; los paisanos armados tomaban cuanto hallaban á mano en campos y en poblaciones. Unos y otros talaban é incendiaban; en los reencuentros se combatian con furia, y los prisioneros que mutuamente se hacian eran feroz é inhumanamente ahorcados ó degollados. Todo era desdicha y desolacion. En la Plana y en las montañas de Vich, en las partes de Manresa y Cervera, en Puigcerdá y en Solsona, orillas del mar y en las riberas del Segre, gruesas partidas de voluntarios daban harto que hacer á los generales del rey, y pusieron en grande aprieto á los dos mas diestros capitanes en este género de guerra, Vallejo y Bracamonte. El duque de Pópoli iba estrechando la plaza de Barcelona, pero tenian los rebeldes porcion de pequeñas y ligeras naves con que introducian socorros y viveres de Italia y de Mallorca, y fué menester armar una escuadra de cincuenta velas que cruzara el Mediterráneo, compuesta de navios españoles, franceses é ingleses, y con los cuales se formó un cordon delante de Barcelona. El 4 de marzo (1714) enviaron los de la ciudad á decir al duque que querian tres millones de libras por los gastos del sitio, y dejarían las armas, con tal que se les conservaran sus privilegios. La proposicion fué rechazada, y cuatro dias despues se dió principio al bombardeo de la ciudad, hasta que llegó un correo de Madrid con la orden de suspender el fuego, á causa de la negociacion que se estaba tratando en Rastadt para las paces entre el emperador y el rey de Francia.

En peor situacion que antes puso á Cataluña aquel tratado. Hizose creer á los catalanes que por él quedaba el emperador con título de rey y con la calidad de conde de Barcelona. Celebróse la nueva en la ciudad con salvas de artillería (23 de abril, 1714), y á nombre de la diputacion salió Sebastian Dalmau, un mercader que habia levantado á su costa el regimiento llamado *de la Fe*, á decir á los generales franceses

glaterra: cesion de Gibraltar y Menorca á los ingleses: del reino de Sicilia al duque de Saboya, etc. Constaba el tratado de veinticinco artículos, y se hizo uno separado sobre cesion de la ciudad y castillo de Limburg á la princesa de los Ursinos, con arreglo á la convencion de 27 de marzo entre el baron de Kennington y el marqués de Bedmar, representantes de Inglaterra y España, pero que no tuvo ejecucion, como adelante veremos.

que en virtud del Tratado debian cesar desde luego las hostilidades entre las tropas catalanas y francesas. Trabajo costó persuadir á los catalanes de que en aquella convencion no se habia hecho mencion alguna de ellos, y así lo mas que les ofrecian á nombre del rey Católico, si dejaban las armas, era un perdón general, dándoles de plazo para rendirse hasta el 8 de mayo. Y como ellos rechazaran el perdón diciendo que no le necesitaban, el 9 de mayo comenzó otra vez el bombardeo, y se construyeron baterías, y se atacó el convento de Capuchinos y se abrieron en él trincheras, y se tomó por asalto, y fueron pasados á cuchillo todos sus defensores, y en las comarcas vecinas se hacia una guerra de estrago y de exterminio.

No se apretó por entonces la plaza, porque así lo ordenó el rey don Felipe: el motivo de esta disposicion era que Luis XIV, el mismo que en union con la reina de Inglaterra habia ofrecido interceder por los catalanes, so pretexto de que estos se habian excedido, determinó enviar al monarca español su nieto veinte mil hombres mandados por el duque de Berwick para ayudarle á someter á Barcelona, y Felipe quiso que se suspendiera el ataque de la ciudad hasta la llegada de estas fuerzas. En efecto, el 7 de julio llegó el de Berwick con su ejército al campo de Barcelona: el de Pópoli entregó el mando al mariscal francés, segun órden que tenia, y se vino á Madrid con el ministro de Hacienda Orrí, que allí se hallaba, á dar cuenta de todo al rey y á proveer lo que fuese necesario. La primera operacion del de Berwick fué deshacer una flotilla que venia de Mallorca con socorros para los barceloneses. Procedió despues á atacar la ciudad (12 de julio) por la parte de Levante con gran sorpresa de los sitiados; y con esto, y con haber visto ahorcar en el campo á los que de resultados de una vigorosa salida quedaron prisioneros, la diputacion envió un emisario con cartas al comandante de los navios, el cual las devolvió sin querer abrirlas. Lo mismo ejecutó el de Berwick con otra que le pasó Villaruel, dando por toda respuesta, que con rebeldes que rehusaban acogerse á la clemencia de su rey no se debia tener comunicacion. Y perdida toda esperanza de sumision y de acomodamiento, comenzaron el 24 á batir la muralla con horrible estruendo treinta cañones, y abriéronse brechas, y diéronse sangrientos asaltos, y hacíanse salidas que costaban combates mortíferos, y se continuaron por todo aquel mes y el siguiente todas las operaciones y todos los terribles accidentes de un sitio tan rudo y obstinado como era pertinaz y temeraria la defensa.

El 4 de setiembre hizo intimar el de Berwick la rendicion á los sitiados, diciéndoles que de no hacerlo sufrirían los últimos rigores de la guerra, y seria arruinada la ciudad, y pasados á cuchillo hombres, mujeres y niños. Dos dias dilataron los barceloneses la respuesta, al cabo de los cuales dijeron que los tres brazos habian determinado no admitir ni escuchar composicion alguna, y que estaban todos resueltos á morir con las armas en la mano antes que rendirse: y dirigiéndose el enviado de la ciudad al caballero Dasfeldt que estaba en la brecha, le dijo: *Retírese Vueccelencia*. En vista de tan áspera y resuelta contestacion, decidió el mariscal de Berwick acabar de una vez dando el asalto general (11 de setiembre, 1714). Hé aquí cómo describe un autor contemporáneo aquel terrible acontecimiento.

«Cincuenta compañías de granaderos empezaron la tremenda obra; por tres partes seguian cuarenta batallones, y seiscientos dragones desmontados; los franceses asaltaron el bastion de Levante que estaba en frente, los españoles por los lados de Santa Clara y Puerta Nueva; la defensa fué obstinada y feroz. Tenian armadas las brechas de artillería, cargadas de bala menuda que hizo gran estrago.... Todos á un tiempo montaron la brecha, españoles y franceses; el valor con que lo ejecutaron no cabe en la ponderacion. Mas padecieron los franceses, porque atacaron lo mas difícil: plantaron el estandarte del rey Felipe sus tropas en el baluarte de Santa Clara y Puerta Nueva; ya estaban los franceses dentro de la ciudad; pero entonces empezaba la guerra, porque habian hecho tantas retiradas los sitiados, que cada palmo de tierra costaba muchas vidas. La mayor dificultad era desencadenar las vigas y llenar los fosos, porque no tenian prontos los ma-

teriales, y de las troneras de las casas se impedia el trabajo. Todo se vencia á fuerza de sacrificada gente, que con el ardor de la pelea ya no daba cuartel, ni le pedian los catalanes, sufriendo intrépidamente la muerte. Fueron estos rechazados hasta la plaza mayor; creian los sitiadores haber vencido, y empezaron á saquear desordenados. Aprovecháronse de esta ocasion los rebeldes, y los acometieron con tal fuerza, que los hicieron retirar hasta la brecha. Los hubieran echado de ella si los oficiales no hubieran resistido. Empezóse otra vez el combate mas sangriento, porque estaban unos y otros rabiosos.... Cargados los catalanes de esforzada muchedumbre de tropas, iban perdiendo terreno; los españoles cogieron la artillería que tenian plantada en las esquinas de las calles, y la dirigieron contra ellos. Esto los desalentó mucho, y ver que el duque de Berwick, que á todo estaba presente, mandó poner en la gran brecha artillería.... Ocupado el baluarte de San Pedro por los españoles, convirtieron las piezas contra los rebeldes; otros los acababan divididos en partidas. Villaruel y el cabo de los consellers de la ciudad juntaron los suyos, y acometieron á los franceses que se iban adelantando ordenados: ambos quedaron gravemente heridos. Pero en todas las partes de la ciudad se mantuvo la guerra doce continuas horas, porque el pueblo peleaba. No se ha visto en este siglo semejante sitio, mas obstinado y cruel. Las mujeres se retiraron á los conventos. Vencida la plebe, la tenian los vencedores arrinconada; no se defendian ya, ni pedian cuartel; morian á manos del furor de los franceses. Prohibió este furor Berwick, porque algunos hombres principales que se habian retirado á la casa del magistrado de la ciudad pusieron bandera blanca. El duque mandó suspender las armas, manteniendo su lugar las tropas, y admitió el coloquio.

»En este tiempo salió una voz (se ignora de quién), que decia en tono imperioso: *Mata y quemá*. Soltó el ímpetu de su ira el ejército, y manaron las calles sangre, hasta que con indignacion la atajó el duque. Anocheció en esto, y se cubrió la ciudad de mayor horror.... La noche fué de las mas horribles que se pueden ponderar, ni es fácil describir tan diferentes modos con que se ejercitaba el furor y la rabia.... Amaneció, y aunque la perfidia de los rebeldes irritaba la compasion, nunca la tuvo mayor hombre alguno, ni mas paciencia Berwick. Dió seis horas mas de tiempo; fenecidas, mandó quemar, prohibiendo el saqueo: la llama avisó en su último peligro á los rebeldes.

»Pusieron otra vez bandera blanca: mandóse suspender el incendio; vinieron los diputados de la ciudad á entregársela

al rey sin pacto alguno: el duque ofreció solo las vidas si le entregaban á Monjuich y á Cardona: ejecutóse luego. Dió órden el magistrado de rendir las dos fortalezas; á ocupar la de Cardona fué el conde de Montemar; y así en una misma hora se rindieron Barcelona, Cardona y Monjuich. Hasta aquí no habia ofrecido mas que las vidas Berwick; ahora ofreció las haciendas si luego disponian se entregase Mallorca; esto no estaba en las manos de los de Barcelona (1).»

Apoderadas las tropas de la ciudad, fueron presos los principales cabezas de la rebelion, y llevados los unos al castillo de Alicante, los otros al de Segovia, al de Pamplona otros, y otros á otras prisiones (2). Se nombró gobernador de Barcelona al marqués de Ledesma; se obligó á todos los ciudadanos á entregar las armas; se mandó bajo graves penas que los fugados se restituyeran á sus casas con el seguro del perdón, y se publicó un bando (2 de octubre), imponiendo pena de muerte á los catalanes que injuriasen á los castellanos, y á los castellanos que trataran mal á los catalanes. De allí á poco tiempo el duque de Berwick partió para venir á la corte (28 de octubre, 1714), donde fué recibido con general aplauso.

Así terminó en Cataluña despues de trece años de sangrienta lucha la famosa guerra de sucesion, una de las mas pertinaces y terribles que se registran en los anales de los pueblos. Costóles la pérdida de sus fueros, estableciéndose desde entonces en el Principado un gobierno en lo civil y económico acomodado en su mayor parte á las leyes de Castilla, lo cual dió margen á nuevos sucesos de que daremos cuenta despues. La resistencia de Barcelona fué comparada á la de Sagunto y Numancia por los mismos escritores de aquel tiempo mas declarados contra la rebelion. La suerte de Cataluña causó compasion, bien que compasion ya estéril, al rey y al pueblo inglés; y el emperador, por cuya causa habia sufrido aquel país tantas calamidades, se lamentaba de las desgracias *de sus pobres catalanes*, como él los llamaba, y cuyo ilimitado amor á su persona reconocia. Quejábase amargamente, en carta que escribia al general Stanhope, de la imposibilidad en que se hallaba de socorrerlos, y de que quererlos amparar seria consumir su ruina.

(1) San Felipe, Comentarios, tom. II.—Belando da tambien curiosos pormenores sobre este célebre sitio y memorable ataque. Historia civil, parte II, caps. 2 al 6.—Macanaz, Memorias para el gobierno de España, dos vol. 4.º manuscritos, tom. I.

(2) Entre ellos los generales Villaruel y Armengol, el marqués del Peral, y un hermano del coronel Nebot.